

En la literatura, los cien primeros años son los más difíciles

Exito al Fin

Por William French, publicado en *The Review*, vol. IV, No. 1, 1980.

La Convención de la Asociación Americana de Distribuidores de la Industria Editorial, en 1973, tuvo especial significado para los canadienses. Por primera vez se distinguió una exposición de libros canadienses en la reunión, compitiendo por la atención de miles de distribuidores de libros y casas editoriales, quienes hacen del evento anual el mayor aparador del mundo estadounidense del libro. La convención tuvo lugar en Los Angeles ese año y el gobierno canadiense decidió que era la ocasión y el lugar apropiado para presentar la obra de nuestros escritores al amplio público estadounidense. Los miembros del Ministerio de Industria y Comercio de Canadá diseñaron una plataforma en la amplia sala de exhibición, la llenaron de libros y se sentaron a ver qué sucedía.

Recuerdo mi sorpresa cuando me iba acercando a la plataforma y vi en el pasillo una larga fila de norteamericanos dedicados a la venta de libros que se dirigían hacia las banderas con la hoja de arce. Por supuesto, sabía que los escritores canadienses habían estado atrayendo cada vez más la atención internacional, pero no tenía idea de que pudieran causar tal amontonamiento. Pero mi euforia fue corta; mientras más me acercaba, iba viendo que la fila pasaba de largo el exhibidor canadiense y daba vuelta a la esquina en el siguiente pasillo, donde Linda Lovelace, estrella de la película porno "Deep Throat" (Garganta Profunda) autografiaba sus memorias.

Lovelace era sin duda una fuerte competencia, pero difícilmente era una situación nueva; los escritores canadienses siempre han tenido una competencia fuerte. La palabrería exhuberante y la proximidad asfixiante de los norteamericanos, los mimos maternos británicos (explotando viejos lazos sentimentales) y la indiferencia de una gran parte del público canadiense, no habrán ayudado a crear un clima que conduzca a una cultura literaria próspera en el Canadá angloparlante. En el Canadá francófono hubieron otras complicaciones: una cultura minoritaria y un lenguaje sitiado, una clerecía dominante y gobiernos represivos. Sin embargo, de alguna manera y a pesar de estos obstáculos, tenemos una literatura vigorosa en ambos idiomas. Y si los estadounidenses y el mundo no estaban preparados para los libros canadienses en 1973, los autores canadienses sí estaban listos para asumir una actitud frente al mundo. Hay una evidencia alentadora de que están triunfando.

Si bien podemos no tener un candidato seguro para el Premio Nobel de literatura (aunque podemos tener cierto orgullo reflejado por el hecho de que un ganador estadounidense, Saul Bellow, nació en Lachine, Quebec) la calidad y cantidad de escritos canadienses nunca ha sido tan alta. Los libros canadienses se compran en números sin precedentes en nuestras librerías, y una novela nueva de Margaret Lawrence, Margaret Atwood, Robertson Davies, Gabrielle Roy, Marie-Claire Blais, Mordecai Richler, un volumen nuevo de poemas de Leonard Cohen, Irving Layton, Earle Birney o cualquiera de otra media docena de novelistas o poetas, es un evento esperado con anticipación. Los cursos de literatura canadiense ya no son una rareza exótica en nuestras escuelas y universida-

des, e incluso hemos alcanzado el nivel de madurez en que ciertas novelas de nuestros propios escritores se difunden ya en algunas escuelas secundarias.

Al menos un par de docenas de universidades en los Estados Unidos ofrecen actualmente cursos sobre nuestra literatura y hay un activo centro de literatura canadiense en Bolonia, Italia. Las obras de muchos escritores nuestros se han traducido al italiano, y autores tales como Margaret Atwood, Marshall McLuhan, Northrop Frye, Irving Layton y Leonard Cohen han sido recibidos con entusiasmo por allí en sus viajes de conferencias.



Las casas editoriales canadienses han estado presentes cada vez más en la Feria Anual del Libro de Frankfurt, la más grande del mundo en su ramo, para vender derechos de libros canadienses a casas editoriales extranjeras. El año pasado, el *New York Times*, refiriéndose a la pujante presencia, intituló un artículo "Ahí Vienen los Canadienses". Y a nadie le extraña.

Pero para nuestro desarrollo, hay un aspecto más importante que el reconocimiento internacional. A más de cien años de progreso, que a veces han sido estables y la mayoría de las veces esporádicos, así como recientemente explosivos, hemos alcanzado un nivel en que nuestros escritores pueden definir nuestra identidad, articular nuestra conciencia nacional, darnos resonancia síquica y, al menos en el Canadá francófono, ayudar a la creación de un clima de profundo cambio político y social.

Hemos andado ya un gran trecho en poco tiempo, si nos comparamos con otros países más antiguos. Hace cien años éramos todavía una cultura colonial, sin una voz propia. Hasta entonces, se reconocía en otros lugares a los grandes clásicos de la literatura. En los Estados Unidos se había publicado *La Carta Escarlata* en 1850 y *Moby Dick* en 1851. En Francia, *Madame Bovary* circulaba desde 1857 y en Rusia, en 1869 apareció *La Guerra y la Paz*. En Gran Bretaña, Vicken había muerto desde 1870 y las novelas que lo inmortalizaron fueron escritas antes de que Canadá comenzara a existir.